

exterior y plástico meramente. Se necesita participar de ellos, vivir con ellos, ser algo en ellos mismos, representarlos como los actores, para ver cuál emoción despierta en el público la seguridad completa de que su emperador, no sólo reina y truena en el Palatino, sino en las tablas y en el circo. Yo quiero ser actor, yo quiero ser retórico, yo quiero ser cochero, yo quiero ser abogado, yo quiero ser flautista, yo quiero ser cantante, yo quiero ser trágico, yo quiero ser niño y viejo, animal y dios, César y siervo, guerrero y cortesano; yo quiero serlo todo, sentirlo todo, para todo abrazarlo y diluirlo en las llamas intensas de mi amor. Como los actores por su oficio representan toda clase de papeles, para satisfacer esta grande ambición, quiero ser actor.

— ¿De veras quieres ser actor?

— ¡Vaya si quiero!

— ¿Y has consultado esto con tu maestro Séneca?

— Ciertamente.

— ¿Y qué dijo su alta filosofía?

— Que si comienzo con mesura y voy por grados, podré llegar á todo sin mengua de ningún género y convertir hasta las mayores extrañezas y singularidades en arraigadas costumbres.

— Hete seguido, Nerón, en todos tus pasos y acompañádate con gusto en todos tus devaneos. Pero eso de meterte desde César á comediante y poner las tablas de tu teatro al nivel de las tablas de tu trono, paréceme cosa de algún riesgo y que debes mirar con algún cuidado, pues aquí por un quitame allá esas pajas, te suelen armar una conjuración y derribarte con furor en tierra.

— Algunas objeciones me han dirigido, pero helas escuchado como si oyera llover. Nosotros, los romanos, adolecemos de una verdadera barbarie cuando nos comparamos con los griegos. Así, mientras hemos honrado siempre á los legionarios, ellos honran á los actores. No puede ponerse dignidad alguna junto á la dignidad de poeta. Sófocles me parece á mí el mayor de los mortales y su oficio el primero de los oficios. Los dioses habrán hecho un sol; mas no han hecho un Edipo. Fuera y aparte de esto, la inmortal Atenas, divina casi por la divinidad de sus hijos, dióle á Sófocles cargos tan honrosos como las embajadas, y tan difíciles como el mando y ordenación de los ejércitos. El hijo de Milciades no creyó deshon-

rar nombre tal como el nombre de su padre cantando en los festines. Y si los dioses no se desdeñan de tocar la flauta, ¿por qué de tal ministerio se desdeñarían los patricios? No hay viejo militar en Roma que no haya sido en sus ocios, bajo sus tiendas, sobre los lechos de las comidas que impone cosa tan brillante y soberbia y afanadora como la victoria, en celebración de los triunfos de la guerra y del odio, á los cuales suceden los accesos del amor y de la poesía, unos arpistas, unos líricos, unos citareros, unos poetas, uniendo en armoniosas consonancias el verso con la música. Seamos actores.

— No digo que no; lo dices tú y basta. Si por un rescripto pones en predicamento los ejercicios de actor y sus papeles, dejarán las divinidades los altos del Olimpo y pisarán las tablas del teatro. Pero mírate mucho lo que haces. El patriciado latino cree humillantes los oficios todos de las tablas, y supone que si te resuelves á completar tu cargo de César con el papel de histrión es para desacreditarlos ante la conciencia popular y el concepto público, pues habrán de acompañarte allí cual te acompañan doquier te parece bien y se te antoja. Pon el oído á la escena para percibir cómo cantan; mas no diviertas y separes tu atención de cómo conspiran. Conforme van recibiendo mayores desacatos, se levantan á irreverencias más premeditadas y traidoras.

— Pues qué, ¿le vendrá de nuevas á los romanos el honor concedido por mí á sus actores? ¿No le dieron á Roscio mil dineros por día? El tragediante celeberrimo, que se llamara Esopo, después de haber derretido en festines enorme fortuna, ¿no mandó á su hijo veinte millones de sestercios en herencia? ¿No le llamó al mismo Roscio maestro de sus declamaciones Cicerón, como Sylva, el mayor y más orgulloso de los patricios, le diera la tumbaga de caballero? César mandaba que no se levantara el trágico Accio en su presencia cuando se levantaban los patricios y los senadores. Lo que hubiera costado á cualquier aristócrata la vida, se le toleró al actor Pilades, que se tomaba libertades irreverentes con Augusto cuando representaba en su presencia el *Hércules furioso* dentro de su propio palacio.

— Todo eso es verdad. Cuidado que si me dices baila, yo bailo, aunque tropiece con todos los objetos; y si me dices canta, yo

canto, aunque te aturda la cabeza. Pero eso de representar ante un público, de divertirle con gestos, de regalarle con recitaciones, de saltar cuando quiera él que saltéis, de ser su juguete, cosa dura es que nunca te perdonarán los patricios. Cuantos ejemplos tú has citado, quieren decir que algunos grandes romanos subieron hasta el trono los cómicos, pero no lo rebajaron hasta nivelar el trono con el teatro.

— No te conozco, Tigelino, en esta cuestión que ahora tratamos y que controviertes con contradicción á lo pensado y dispuesto por mí, lo cual me maravilla y extraña, probándome cómo puede conocerse únicamente aquello que se ha vivido, y cómo no puede uno ser César sino siéndolo y ocupando el trono, desde cuyas cumbres se ven las cosas de otra suerte que las veis vosotros, como se ven los valles desde los montes cual no pueden verse dentro del valle mismo, y así también sucede con los montes vistos desde los valles.

— No quisiera, por Hércules, haberte molestado, Nerón. Mi suerte se liga con la tuya como se liga el parásito con el árbol. No podría vivir sin tu vida. El trono donde te asientas esme tan preciso como el suelo de que nutro mi cuerpo y que sustenta mis pies. Por eso me permito, en la confianza que te inspiro y en el cariño que me profesas, dirigirte algunas palabras de observación, á las cuales das ó quitas tu asentimiento, tú, el sol de los soles, el espíritu de los hombres, el dios de los dioses.

— ¿Por qué no arreglaría yo la escena, Tigelino, cual arreglo el mundo? ¿Por qué no me habrían de acompañar en ella los patricios, que tanto molestan á los césares en el Senado y que no les harán daño ninguno en el teatro? Yo me comprometo á que hagan dejación de su dignidad y se resignen al papel de histriones, pareciendo que sale de su voluntad aquello que les manda la mía. Haréles á todos las más ciertas promesas, no para seducirlos vanamente, para convencerlos con verdad de todas las dignidades y todos los honores que hay encerrados en el nobilísimo ejercicio de las profesiones artísticas y en el culto religioso á las bellas artes. Organizaré una compañía y le pondré por nombre Augustal. Si no piden los patricios libertades, ni soberanía, ni en el imperio participación, pidan cuanto quieran. Con tal que alaben esta voz mía, la

más clara y hermosa dada por el cielo á hombre alguno, lo demás impórtame bien poco. Un general no puede serlo sin ejército y un artista no puede serlo sin acompañamiento. El mundo goza de paz, y no ha menester, tanto cohortes de milites cuanto cohortes de cómicos. Aquéllos matan; recrean éstos. ¿No es una institución el Senado? ¿Por qué no habrá de serlo el teatro? ¿No hacen papeles de libres, cuando están ceñidos á mi trono por la cadena de su obediencia y de su miedo? Yo conozco lo difícil que es en Roma tener ya teatro. Tuviéronlo nuestros maestros, los griegos, porque no adolecían de la crueldad que á nosotros nos postra y envilece. Cuando un plato de setas emponzoña todo un imperio y sirve á cambiar de césares; cuando hay tragedias como la tragedia de mi madre Agripina en Bayas; cuando un Orestes de veras, tan superior á los Orestes fingidos, se pasea por el trono de la tierra; cuando tenemos un circo en que las batallas son reales y una grande naumaquia en que las gentes se ahogan de veras; cuando asistimos á las agonías y á la muerte de nuestros semejantes con tanta indiferencia como cuando asistimos á corrida y muerte de fieras, bajo los diluvios de la sangre caliente, sobre nuestro suelo estremecido, entre las nubes rojas que llenan los aires evaporados por la carnicería horrible que por doquier se dilata, el escenario de las tragedias fingidas queda desierto de todo interés y abandonado por completo del imperio y del pueblo. Yo resucitaré con todas mis fuerzas y con todos mis conjuros el teatro. Yo dividiré la juventud en dos clases: una que me acompañe á mí en las tablas; otra que se asiente al pie de las tablas y aplauda por obediencia suya y por mandato mío cuanto hagamos y representemos sobre las tablas. ¿No son mejores los cánticos de una tragedia fingida en el teatro que las agonías verdaderas de un moribundo real en las arenas? ¿No preferís el combate de las pasiones al combate de los gladiadores? Ya que nos ha obligado la necesidad ineludible de nuestra posición y de nuestra dignidad á consumir tantos sacrificios cruentísimos, estaquemos la sangre, que siendo humana, es, por humana, nuestra también. Yo quiero alzar los ejemplos típicos de virtud y de honor ante los pueblos envilecidos. Yo me arrepiento de mis crímenes. Yo me purificaré con el arte y en el arte. Puesto que los dioses me han otorgado voz tan pura, inspiración tan grande, garganta de

suyo tan flexible, facilidad y destreza de pronunciación tan extraordinarias, una capacidad de ideas y una pasividad de memoria tan excelentes, que no lo pierda el género humano, pues todas estas cualidades se hallan reunidas en uno que bien puede pisar un teatro con el mismo desembarazo que pisa un trono, y ceñirse una corona de laurel con la misma facilidad que se ciñe una corona de oro.

— Hete seguido en todos los placeres, aun en aquellos que más riesgos encerraban y más valor pedían. Aún me duelen los palos que descargó sobre las sendas costillas de ambos un patricio picadísimo porque le requiriéramos de amores á su mujer. ¡Cuántas veces nos hemos visto en trance de ser arrastrados á las gemmonias por cualquier esbirro, que, desconociéndonos á causa de nuestros bien aparejados disfraces, nos ha creído, por encontrarnos en tabernas y en burdeles y en zahurdas y en pocilgas de todo género, borrachos y perdidos! Las cenas y las orgías en que nos hemos puesto de barro sucio hasta las cachas, no tienen á la verdad número; y los peligros á que nos hemos arriesgado, á la verdad no podrían medirse y apreciarse como valen á causa de su intensidad. Nada más hacedero para mí que representar á tu lado y en tu compañía cuanto me ordenen tus antojos. Pero no llegues á olvidarte, en el cuidado y atención á lo por mí dicho, que todo lo dicta un celo por tu bien y un menosprecio completo del mío propio. No quisiera verte de manera ninguna enfrascado en dificultades gravísimas con los patricios por cosas tan baladíes como las funciones teatrales. Pero, en cuanto á mí, comensal de tus cenas, camarada de tus correrías, compañero de tus juegos, salteador de ventanas en tus nocturnos paseos, esbirro de tus contrarios políticos, delator de cuanto mis orejas perciben opuesto á tu autoridad, ladrón si me mandas robar, asesino si me mandas acometer, verdugo de tus sentencias, enterrador de tus muertos, y si me mandas matarme, suicida consciente á tus mandatos, no te opondré ni la dificultad mínima de una objeción así que hayas decidido, resuelto y tomado las medidas supremas con los acuerdos definitivos, que, siendo tuyos, alcanzan carácter divino de leyes fundamentales.

— La virtud y fuerza que nuestros padres dieron á los espec-

táculos, están demostradas con sólo traer á la memoria el apoyo alcanzado de las instituciones republicanas y las ordenaciones contenidas para su regularización en los códigos más antiguos. Después de haberles instituído Rómulo, prestáronles toda la pompa oriental posible los tarquinos, transportándolas de los etruscos, entre quienes las recogieron ellos á la Ciudad Eterna y á su antiguo Lacio. Confúndese tales fiestas con los orígenes primeros de nuestra ciudad y con los albores más lejanos de nuestro culto. Luego las hemos extendido al mundo entero, y el mundo las ha recogido y abrazado con igual fe y entusiasmo sincero que nosotros. De cien ciudades sitiadas se dice y cuenta cómo desguarnecieran las murallas á riesgo de caer bajo el enemigo los sitiados tan sólo por presenciar las corridas de fieras ó las batallas de gladiadores. Cien días han durado muchas fiestas, y no aparece tan mala como creen los gárrulos estoicos nuestros esta duración, cuando se considera que dentro de las fiestas se ha verificado la grande asimilación de las ideas, como se verifican las asimilaciones de átomos, según el pensamiento de Demócrito y los cantares de Lucrecio. El proscrito, á quien apenas importan las leyes nuestras y los debates del Senado, educa palomas correos que van á noticiarlo cómo se portara su esclavo en el combate, y cuál fracción, si los verdes ó los azules, ó los rojos ó los gualdas, venciera en las competencias del circo. Al Océano le arrancamos los cetáceos y los anfibios más colosales; al desierto los brutos más carniceros. La púrpura de Tiro no se gasta sólo en mantos para cubrir nuestros hombros; se gasta en toldos también para cubrir nuestros anfiteatros, ornadísimos por polvos de minio y oro, más caros que los pavimentos de pórfidos embutidos en ágatas que ornán los cesáreos palacios. No sólo llueven esencias y aguas olorosas sobre los convidados tendidos en las camas de nuestros festines; llueven sobre todo el pueblo romano, diluídas en los arroyuelos que refrescan las graderías unidas á las paredes colosales de las grandes fábricas levantadas para contener los espectadores innumerables y representar los juegos varios. Con ello no solamente se acercan unos á otros los espectadores innumerables que representan las razas varias del mundo; se ocupa el pueblo-rey en si representan mal ó bien los cómicos, y no se acuerda de si gobiernan mal ó bien sus delegados, los césares. Créete

que son indispensables tamaños regocijos al régimen imperial y á nuestros pueblos latinos. Calígula no era mejor que Tiberio. Y sin embargo, tuvo grande popularidad, y no los odios de su predecesor, á causa de que menudeó las fiestas, mientras que su predecesor no acudió á ninguna. Con unos cuantos gladiadores puedes matar á tu sabor cuantas libertades te incomoden y molesten. Hay que alimentarlo en los graneros y hay que divertirlo en los anfiteatros imperiales. Sin las fiestas que diera, nunca se hubiese granjeado Augusto su paz y la paz del mundo. Como no lo reunamos ante las arenas, se reunirá él ante nuestro Palatino, si no sube como sus progenitores al monte de las tempestades, y desde allí no se revuelve airado contra nosotros y nos declara la guerra. Un buen recibimiento del pueblo al César significa la renovación de su mandato y la sanción del viejo poder político. Y lo mismo sucedía en tiempo de la libertad. Los aspirantes á tribunos ya sabían que un aplauso del pueblo en los círculos apercibía y preparaba un voto del pueblo en los comicios esparcidos por el Campo de Marte. Cicerón se holgaba tanto con un aplauso en el Circo Máximo como con un aplauso en el romano Foro. Nosotros, los Césares, hemos aumentado la importancia de tales fiestas, é impelido el pueblo á celebrarlas. Más corazones ganó Augusto con sus espectáculos que con sus virtudes. Calígula se mantuvo, no en los hombros de sus pretorianos, en los hombros de sus gladiadores. La plebe manda en Roma y nosotros somos sus mandatarios; hay que divertirla impidiéndole así pedirnos cuenta del mandato. Casi un código compone la legislación legada por mis predecesores para componer y ordenar estos espectáculos. ¿Qué me importa un escritor de oposición cuyas obras nadie lee? Menos que un bailarín cuyos compases todo el mundo sigue y aplaude. Corte y cohorte son gladiadores, titiriteros, magos, decidores de la buena ventura, gimnastas, atletas, quirománticos y todos los demás pertenecientes á sus clases y á sus oficios. Mi predecesor Claudio se cartéaba en el teatro con la muchedumbre. Cogía sus tablillas de cera y trazaba renglones de felicitación entusiasta, que luego circulaban de mano en mano. Rarisima vez á los heraldos apelaba en sus comunicaciones con la gente de lindeza; levantaba su voz hasta donde podía, haciendo gran chacota y hablando con afluencia extremada. Traía el

movimiento de dedos análogo al que traían las gentes del pueblo, al sacar las cuentas de los ases que por sus premios tocaban al vencedor y de las apuestas que se hacían en torno suyo. Cuando tomaba partido por unos vejaba con dichos y bromas á los otros, como pudiese hacerlo el último plebeyo; pues la libertad reprimida en todas partes y de todas partes ausente, habíase refugiado, no allende las aguas del Rhin, como dice Lucano en sus fervores por nuestros enemigos, dentro del circo, en los combates de gladiadores y de fieras. Y para convencerse de cómo reina el pueblo en los espectáculos, no hay sino acordarse de cómo impone su gusto y su parecer á gritos. «Que representen tal comedia,» dicen muchos en vocerío tormentoso. Pues no hay otro remedio sino representarla. «Que vengan á morir tales ó cuales gladiadores,» pues los mandamos á la muerte. «Que á tal combatiente, muy atractivo y bello, se le saque del estadio y se le conceda la vida,» pues se le saca del estadio y se le concede la vida. «Que á un criminal redomadísimo, condenado á ser comido de las alimañas feroces, se le perdone,» pues se le perdona. Y como sabes, no se limitan á pedir cosas tocantes al circo, piden también cosas tocantes al Estado, y no hay más remedio que concederlas. Es costumbre antigua entre los soberanos de Roma no resistir á demanda ninguna de la plebe, cuando se les dirige con insistencia y con unanimidad en el circo. ¡Cuántos reos de lesa majestad lo han sido por voluntariedades sólo del pueblo, y cuando han querido los Césares deshacerse de alguien, cómo han hecho que pidiesen sus cabezas las turbas exaltadas! Decid cualquier atrevimiento en los bancos de las calles, daréis con vuestro cuerpo en los gemmonías; decidlo en el circo, todo será perdonado. Mucho nos cuestan semejantes festividades, pero mucho nos reportan. Retenemos con su fuerza estética y con su arte sumo á este pueblo que de otra suerte se desasiría de la indispensable obediencia. Así yo creo que no existe para mí ningún instrumento de dominación parecido al gusto que habrá de procurarle á mi pueblo verme rodeado de mis caballeros y de mis cortesanos en plenas fiestas, ora tañendo la cítara, ora declamando la tragedia, ora corriendo en un carro de marfil por los estadios hasta tocar la meta, ora luchando si es preciso como un gladiador ó poniéndome ante sus ojos desnudo en actitud estética de verdadera

estatua. Me admirarán como á un dios. Se convencerán de que compito por mi voz con Apolo y por mi tañer con Orfeo. Verán que no sólo tienen el primero de los césares en mí, sino que tienen también el primero de los poetas y el primero de los músicos. Y así dominaré á Roma, hecho el mundo un gran escenario, la humanidad un gran público, el trono un tablado, el César un actor, la vida común y vulgar una epopeya. Tigelino, habrán de aplaudirme, á más de obedecerme.

— Hágase — díjole Tigelino — tu omnímada voluntad.



## CAPITULO XVII

### EL ARTISTA EN EJERCICIO

Nerón puso por obra todo cuanto meditara desde la muerte de Agripina y todo cuanto dijera en sus habituales conversaciones y diálogos: completar la paz del mundo con la religión del arte; y como censor, pontífice, cónsul, tribuno supremo, aparecer ante los ojos del mundo supremo artista. No había ningún magistrado sobre sus magistraturas; imposible hubiese ningún poeta sobre su poesía. Nadie estaba como él de autorizado ante los altares de los dioses, por sumo sacerdote del culto pagano, y nadie tampoco debía estarlo ante los altares de las musas. Llevaba en sus manos sin fatigarse cosa tan pesada como un cetro; bien podía llevar cosa tan ligera como una cítara. La corona de laurel cuadraba mejor á sus sienes que la corona de oro. Un teatro le honraba y enaltecía más que un trono. Así figurábase la vida como una tragedia, el mundo como un escenario, su corte como una compañía de cómicos, su mayor título al imperio el carácter de actor primero y músico y poeta y épico y cochero y farsante. Así, descuidando por completo la gobernación del mundo, que á su antojo y capricho marchaba, consumió el tiempo de su vida en continuados ensayos de obras, la mayor parte por él improvisadas y otras por sus cofrades y compañeros cedidas. Como esto á muchas gentes sorprendiera y escandalizara, Nerón comenzó la carrera que se proponía emprender, en recatadísimas pruebas, las cuales ensayaba dentro de